

NOMBRE: Viviana Vivas

PERSONAJE: MORGAN, el gato puñetero

Morgan Resurrection

Cuando Morgan vio como habían dejado aquellos malditos perros su amado callejón, no pudo resistir tanta presión y se desmoronó. Estaba arrepentido de haber sucumbido a los encantos de aquella gata de pestañas eternas, la noche anterior, y se sintió un idiota por no haberse dado cuenta de que mientras él se hacía el caballero y no paraba de invitarla a copas, ella: Mimi, la traidora, le entretenía, poniéndole ojitos y labios de pitiminí, a cambio de una cantidad nada despreciable (según se enteró después) que aquellos perracos de mala muerte le habían prometido.

¡Maldita gata embaucadora!- pensaba ahora- ¡Malditos perros! –se lamentaba.

Morgan siempre fue muy duro. Había capeado temporales desde su más tierna infancia, pero aquella mañana, al ver su callejón destrozado, se deshinchó como un globo pinchado y tuvo que apretarse los costurones que atravesaban su pequeño cuerpo de peluche, para que lo que le quedaba de vida no se le escapara. Se tiró ahí sentado, apoyado en la pared, varios días, ensimismado, perdido, sin saber hacia donde tirar. Pero una noche gatuna, en la que la luna era llena, decidió que aquello no podía continuar, que debía volver a empezar y que quizás aquel no era su lugar. Se enroló en el primer barco que apareció ante sus ojos y se dedicó, durante años, a asaltar lujosos veleros allá donde aparecían.

Sus compañeros le acogieron bien: era listo, rápido y siempre dejaba su marca a modo de Zorro, aunque felino era, en las ropas de sus pobres víctimas: era un puñetero. Tuerto, el capitán, le veía con buenos ojos, aunque solo tenía uno, y por las noches le invitaba a ron mientras Morgan le contaba historias de su barrio y de por qué le llamaban El Puñetero. Tuerto se reía y seguía bebiendo hasta que caía medio muerto sobre la cubierta del enorme barco y entonces Morgan, silencioso, bajaba a las bodegas y revisaba que su botín secreto estuviera a buen recaudo. Poco a poco había ido haciéndose con un pequeño tesoro que iba escondiendo en los bajos del barco. Cuando robaban a sus víctimas, él entregaba una parte de lo conseguido al capitán pero otra, la más suculenta, la escondía en una tela que doblaba y anudaba para que ningún gato ambicioso sacara las uñas y se la quitara. Con el paso del tiempo amasó una importante fortuna y un buen día, para hacer la puñeta, desapareció del barco que durante años había sido su casa y se perdió en un puerto de piratas, malos como él, dejando a Tuerto sin compañía para los restos.

Estuvo por aquellos lugares un año y 6 días, transcurridos los cuales sintió que debía volver a su callejón de la calle Baker y recuperar la fama de puñetero que durante tantos años le había acompañado. Se engalanó, se arregló los costurones con fino hilo dorado y una mañana de sábado, tras cruzar de polizón todos los mares que había surcado a la ida, apareció frente al callejón que tantas alegrías, y también desgracias, le había reportado. Y allí estaba Galgo, cigarro en boca, jugando una partida de dardos con el resto de la jauría que años atrás había destrozado su vida. Y allí estaba

Mimi, la gata traidora, poniendo cervezas sin parar a aquella panda de perros descastados sin oficio ni beneficio. Cuando le vieron un silencio lo inundó todo y el cigarro de Galgo cayó al suelo. Mimi soltó la bandeja asustada y todas las bebidas cayeron rompiendo el silencio que se había creado. Morgan, que lo tenía todo muy bien estudiado y que había ido reclutando gatos de un lado y otro del mundo, chascó un dedo y todos ellos, con él a la cabeza, se lanzaron sobre aquellos perros medio borrachos que no tuvieron tiempo ni de reaccionar. Unos escaparon a todo correr, otros no gozaron de tanta suerte y recibieron una buena paliza y Mimi, paralizada, fue puesta a cubierto por Morgan que, pese a su mala fama, era ante todo un caballero.

La batalla fue brutal: arañazos, magulladuras, mordiscos, botellas rotas...y al final Morgan y sus gatos se hicieron con el control de la situación estallando en una sonora carcajada cuando todo terminó. Mimi confesó su traición, pidió perdón con lágrimas en los ojos y usó todas sus artimañas para ablandar el corazón de Morgan. Y éste, que había espabilado mucho desde la última vez, la agarró por la cintura, la inclinó ligeramente hacia atrás y le dijo con voz profunda y mirándola a los ojos:

-Querida, siempre nos quedará París.

Y haciendo caso omiso de sus lloros, la echó del barrio sin compasión pues puñetero era y puñetero murió.